

JORNADA DEL HOMBRE EXTRAÑO (LA CHICA DE LOS PATIOS)

*Jaime Alejandro Rodríguez R.**

*“Para siempre cerraste alguna puerta y
hay un espejo que te aguarda en vano
la encrucijada te parece abierta y la vigila,
cuadrafonte, Jano”.*

Fragmento del poema *Límites*
JORGE LUIS BORGES

Esperas la salida, intentando tranquilizarte, aunque sabes que no lo conseguirás del todo antes de llegar a tu apartamento. Quizás ayer estabas confundido; el trabajo, la tensión, uno de esos días ... hoy en cambio, admites, las cosas te han salido mejor. El jefe te permitió trabajar en el segundo piso y así no tuviste que soportar la náusea provocada por ese picante aroma a carne condimentada expedido por pulsos desde la cocina. Tampoco tuviste problemas con la clientela y lograste atender cada uno de sus pedidos sin equivocaciones. Incluso resultó muy convincente la modulación porteña de tu voz, practicada por fin sin temores, pues no escuchaste ni una sola “¿de dónde sos, eh?”, pregunta odiosa, frecuente e inevitable si te pillan el acento extranjero. El consejo del Paisa dió sus buenos frutos; al fin y al cabo, reconoces, por algo los Paisas alcanzan el éxito en cualquier actividad y en cualquier lugar del mundo; tienen su visión. Quién podría creer por ejemplo que aquí, en Buenos Aires, a más de seis mil kilómetros de Medellín, un Paisa, precisamente un Paisa, administra nada menos que un Mc.Donald. Gracias a Dios, te atreves a decir dentro del vestier, donde nadie te escucha; gracias

* Ibagué 1958. Primer Premio del XI Concurso Nacional de Cuento para Empleados Oficiales. Candidato al título de Maestría en Literatura en la Pontificia Universidad Javeriana.

a Dios, repites afuera y vuelves a sentir esa horrible presión en tu pecho que no has logrado aliviar desde hace semanas, porque no sabes ya qué inventar en tus cargas a Bogotá para que tu familia no se burle si llega a enterarse que has cedido en tu orgullo y ahora trabajas como mesero para sobrevivir. Creíste con sinceridad en eso del exilio voluntario como una manera de jugar con la lejanía, como un alimento para tu espíritu creador, sediendo y seco desde cuando intentaste expresar y concretar tus propias ideas artísticas y te tropezaste con el simple sonido de las rocas arenosas al desmoronarse, proveniente del lecho desértico de tu fuente de inspiración. Otra realidad, otra perspectiva, dictaminaste, y te largaste dejando maltratadas las mejillas de tu madre y de tu mujer, confiando en regresar colmado de éxito y de experiencias tal como soñabas cuando niño cada vez que te volabas de la casa, herido en tu sensibilidad por alguna tonta discusión de familia. Será mejor, concluyes, que sigan creyendo en el ficticio puesto de la Biblioteca Nacional. Tal vez lo más complicado en la tarea de sostener esa versión será encontrar tiempo para dar salida al alud de datos bibliográficos solicitados ahora que, suponen, se te facilita la tarea de consulta.

Sales a la calle y recibes una bofetada de viento caluroso. Piensas en el cuento de Anderson Imbert donde se describen, con patético realismo, los efectos del llamado viento norte que azota siempre a la mal bautizada ciudad de Buenos Aires en época de verano. Decides caminar por Cabildo, pues el solo hecho de imaginar que debes tomar un colectivo atestado de gente sudorosa puede causarte un acceso de ira tan violento como para provocar una tragedia de las dimensiones abocadas en el relato, y tú no deseas complicaciones. Cruzas hasta la acera de enfrente, menos congestionada, y caminas por la avenida entretenido, mirando a las vitrinas y a las chicas en ropa de temporada, acostumbrado a contemplar a unas y a otras con la misma emoción simple de espectador impropio. Llegas a Cannig y percibes el característico olor de los socavones del tren subterráneo proveniente de la estación. Contienes el impulso de ingresar a ella a pesar de tus deseos. Necesitas llegar cuanto antes a tu apartamento, pues has resuelto indagar el grado de realidad de tus últimas sensaciones. Aunque en verdad sientes miedo de contemplar de nuevo, a la par con la deliciosa visión de la chica de los patios, esa otra, horrible, irreal y trágica, causante de tus actuales preocupaciones. Te queda sin embargo la esperanza de una respuesta psicológica a los hechos; es lo que has estado repitiendo todo el día, sin atreverte a mencionar nada a nadie, ni siquiera al Paisa con quien te liga una sincera relación paternal. Reduces la velocidad de tu paso con el ánimo de absorber del aire húmedo toda la fuerza de la tarde ribereña y te hundes en la niebla de tus recuerdos.

Son dos patios viejos, roídos por la sal remota de los mares, tristes como los tangos de Gardel. Tal vez podría componerse un paisaje de tarjeta postal con

ellos, pues flotan hinchados de leyenda por el soplo mágico de los recuerdos: ahí, los antiguos calefones, deslucidos portadores del fuego, las sillas en su perfecta decadencia, las imágenes dispersas del daguerrotipo —evidencia de una alcurnia enmonecida—, los libros inútiles, mutilados por la desidia; ahí, por tanto, la historia. Vistos desde arriba, en dirección norte-sur, parecen rectángulos trazados a mano alzada por alguna brocha tediosa, cansada de pincelar. Solo en uno —el derecho— se descubre la presencia humana: cerca del sifón, en un quietud apenas estable, un balón de fútbol reposa del juego de los niños. Contrá el muro izquierdo, casi imperceptible entre tanto cachivache arrumado, una vieja silla de tijera, extendida insólitamente sobre playa de baldosas, recibe a una muchacha expuesta al sol, último vestigio de un verano tardío. Son las siete y la luna muestra ya su rostro cercenado.

Después de tanto tiempo en el exilio, crees tener derecho a pronunciar una verdad: las circunstancias te han ido acorralando, poco a poco. Al comienzo, tu alma ingenua y provinciana esperó —días primero, semanas luego, eternidades al fin— el contacto caluroso y espontáneo de las gentes, habituado como estabas hasta entonces al dócil fluir de la vida. En cambio tuviste que aprender con urgente rapidez otras perspectivas. Aprender bien claro que la pretención de habitar una gran metrópoli tiene su costo; la soledad irremediable. Eres viajero en tránsito; inhabilitado para echar raíces. Tus ojos ya no ven lo mismo, desde tus labios emergen palabras y sonidos imposibles, tu nariz se reciente, tu estómago se abnega, tus manos se paralizan y te reduces por fin —cuestión de supervivencia— a la repetición del otro, al tú que no eras pero sigues siendo hasta el final. Por eso huyes hacia las grutas del metro: en las calles temes ser arrollado por el olvido. Empiezas a comprender la inquietante realidad de los seres subterráneos creador por Cortázar en alguno de sus textos, ya que tú mismo experimentas una extraña sensación de seguridad cada vez que atraviesas la registradora en las estaciones. Comienzas sin darte cuenta a comportarte como ellos, a permanecer durante horas en la oscuridad del subte; te vas transformando en murciélago, ratón o cualquier otra versión kafkiana del infortunio, según sean tus deseos nobles, rastreros o malogrados y terminas convertido en un perfecto transhumante de la noche. Restringes tu tránsito en la superficie al mínimo tramo posible entre tu apartamento o tu lugar de trabajo y la próxima estación. Cuando llegas a casa y te contemplas ante el espejo (ése mismo que mirabas hoy con ansiedad), ves tu rostro pálido y en las ojeras notas los estragos de la tristeza (“son tan pálidos y están tan tristes...”). Pero por más que te empeñes nunca lograr reconocer a ninguno de ellos —darías cualquier cosa por pertenecer a su estirpe—. No puedes asegurar si el fracaso de tus pesquisas se debe a su asombrosa facilidad para escurrirse —ya prevista— o es que todos han muerto, pues, si llevas la cuenta, hace cuatro décadas fueron detectados por primera vez. Quizás existe una nueva generación de subterráneos, especulas, algún híbrido capaz de sobrevivir tanto afuera como en las profundidades, o

se ha producido el desplazamiento y ahora los seres extraños son aquellos, los que caminan en la superficie. A lo mejor, el ciclo se ha cumplido y ya nadie los recuerda. De cualquier modo intentas confrontar los indicios detallados en el texto, pero no lo consigues tampoco: no reconoces al Primero en ninguno de los conductores, pese a que siempre te ubicas en el primer vagón, cerca del puesto de comando; tampoco descubres nada sospechoso en las puertas adyacentes a la administración o en los kioscos, donde se supone tienen sus contactos. Quizás algunas llamadas telefónicas te han parecido semejantes a las descritas en el cuento (hombres y mujeres averiguando por la adecuada ración de alpiste para su canarios), pero tampoco ésto garantiza nada. Y entonces juegas con la idea de ser el nóvel Primero, el fundador de una nueva generación, y ves en el hecho de ser extranjero un síntoma estimulante de tus fantasías. No es difícil seguir las instrucciones del libro; en realidad te das cuenta en poco tiempo que no hay otra alternativa a ese *modus vivendi* imaginado por Cortázar, lo cual conduce tu ficción hacia los abismos del horror. Así que dejas de frecuentar también las estaciones del tren subterráneo y te refugias en el apartamento, último bastión de tus temores.

La chica parece inmutable y etérea, como un destello. Así, recostada, infame y vertiginosa, con su vestido de baño blanco y sus gafas para-el-sol, parece de pronto un maniquí de tienda. El aire húmedo la envuelve en hilos invisibles y la atrapa en una atmósfera brumosa, fantasmal. Los reflejos de la película de grasa con que protege su piel, devuelven una imagen maravillosa, descadamente intensa y provocadora: piernas voluptuosas, blancas y macizas; senos grandes, a punto de reventar dentro del corpiño que los sostienen; rostro equilibrado, serio, fatalmente hermoso, enmarcado por bucles rubios que descienden hasta sus hombros. Y un aura mágico, capaz de mantenerla inmóvil —cuerpo embalsamado— por horas, sin que por eso se agoten las lecturas de su cuerpo.

Avanzas de memoria; cinco cuadras desde Santafé hasta Arenales por Cannig. Santafé; te suena irremediamente a Bogotá, a chocolate santafesino, a agua-panela con queso, a frío y lluvia, a fútbol, quizás también a tristeza, pero sobretodo a nostalgia y a dolor. Unos pasos más y llegas a Güemes, güamas, pepa'e'guama, refranes olvidados, otro código de comunicación que ahora te parece lejano, remoto, como si distancia fuera también tiempo, tiempo perdido como en Proust. En la esquina un automóvil en abandono, testimonio desdichado de la decadencia porteña. Te imaginas enseguida a un cucarrón viejo y moribundo incapaz ya de abrir su caparazón para dar paso a esas dos alas mágicas y misteriosas aptas para transportarlo a cortas o a largas distancias en caso de peligro, y recuerdas aquella tarde de invierno en la entrada del ICA, en la U, cuando viste a lo lejos a un muchacho que soltaba sus libros y luego corría aterrorizado por un ataque intempestivo de cucarrones verdes y te burlaste a priori, porque al pasar por el sitio una nueva horda

de insectos te atacó y también tuviste que batirte en retirada, acosado por la inaudita presión de las pinzas numerosas de los escarabajos. Pateas una llanta con el deseo de ver desmoronar el automóvil, pero sigue allí: aún le restan algunos meses. Nadie los retira; lo has visto a diario, botados en las esquinas sin saber por qué, muriendo lentamente como mendigos, en la más triste agonía. Llegas a Charcas, churcas, todas las chicas son churcas, bellas, rubias, con un cabello ondulado y largo que te remite hasta los retratos de Miguel Angel o de Rafael; así, virginales y a la vez tentadoras; mujeres bellas e inabordables. Coronel Díaz, ¿héroe?, ¿presidente?, no sabrías informar a quién conmemora el nombre de esta calle, pero estás seguro que en Bogotá no hay muchas avenidas con nombres de militar, al menos recuerdas solo una, la del General Rojas Pinilla, y no es simple coincidencia. Ahora Paraguay y en la esquina el bar Varelita donde has visto —testigo inadvertido— a los jóvenes de Palermo Viejo reunidos en las tardes, desgranando sonrisas sobre las mesas y jugando al amor de colegiales; los has visto impotente, proscrito por sus reglas. Reduces el paso aún más, te detienes, sientes un temor crecido; una cuadra más y estarás en Arenales, darás vuelta a la derecha, buscarás el número 4480, sacarás la llave grande de la portería, abrirás, ingresarás al ascensor, en el tercer piso te detendrás, caminarás por el corredor hasta el fondo y estarás por fin en tu habitación.

Ahora se mueve, cambia de posición, gira con lentitud su cuerpo, como si temiese dejar la piel pegada a la loma del asiento. A pesar de la gravedad de la maniobra, el movimiento ocasiona la perturbación de su entorno, logra despedazar la quietud en pequeñas ondas, como sucede cuando se arroja una piedra a un estanque tranquilo. Así, boca-abajo, entregando su espalda a los débiles rayos del sol, la chicha exhibe la forma definitiva de su cuerpo. Aunque en seguida retorna a la inmovilidad, su imagen parece circular, transportada por el empuje remanente de las olas. La silla, sin embargo, permanece bien anclada a las baldosas; es la sensación de movimiento causada por el estremecimiento de la tarde.

Recomponer —alguien lo hará después por ti—: Un juego que has aprendido a fuerza de habitar tu ámbito, de convertirlo en asilo y trinchera de tus peores días. Te haces policía de recuerdos, te empeñas en rastrear claves y mensajes de otras presencias antecesoras a la tuya. Buscas indicios, pruebas de alguna catástrofe de amor, recoges los átomos dispersos de algún eco aún flotante. Así, con la sabia paciencia de un relojero, imaginas, armas, tejes la urdimbre, creas los personajes de la historia, averiguas, comparas o viajas atrás, a los orígenes, guiado por la foto amarillenta descubierta en un viejo libro, o el disco dedicado que alguien olvidó en la biblioteca o los sobres y cartas sin enviar. Quizás la flor seca, atrapada en las hojas de un periódico, te sirve para cerrar el ciclo de tus especulaciones. En corto tiempo logras reedi-

ficar las torres del pasado, y bajo su amparo te acomodas a convivir con esos brazos imprevistos del recuerdo.

Un día descubres el registro de episodios, impreso en el envés de las puertas del armario y te inquietas. Suelen leer con morbosa frecuencia, esas frases cortas, esos nombres indecisos, esas fechas recientes o lejanas que conforman un collage de tiempo y de ternura en tu memoria. Reconoces en él la prueba irrefutable de una condición humana, demasiado humana, ávida de trascendencia. Puntos dispersos de la misma curva; La del terror ante la muerte silenciosa. La misma ansiedad que llevó al hombre de las cavernas a inventar la escritura, deduces, es ésta, ancestral y primaria, la del hombre moderno por registrar su paso. No importa el resultado, en realidad jamás se confronta, importa el hecho y tú lo sabes mejor que nadie. Así has sucumbido a la tentación y también has escrito un graffítie sobre el singular muro: "un colombiano vuelto mierda julio/86". Alguien inquieto lo descifrára después.

La luz comienza a parpadear, el sol agoniza. La imagen pierde la nitidez del principio. Se aprecian ahora los rasgos gruesos de un gran aguatainta. Los cachivaches se han convertido en sombras sin aliento, el balón es un punto flojo y la silla parece un saltamontes entristecido. La chica, sin embargo, se ve clara como una mañana de primavera. Todo en ella se distingue con extraordinaria precisión. Ahora, derramada sobre un claro-oscuro digno de cualquier pintor flamenco, parece desbordar el ámbito de sus reflejos. Los cachivaches se desmoronan, el balón desaparece por el desagüe, la silla se desploma, las baldosas se hundecen y la mujer flota, sostenida por los artificios de la noche.

Ya casi llegas; piensas en tus vecinos. A veces, cuando tu ánimo da tregua, has dejado entreabierto la puerta o has corrido alguna ventana para permitir el ingreso a los ecos del corredor; escuchas los pasos del elevador, uno, dos, tres, cuatro, no, ocho, siete, seis, cinco, no. Ya adivinas el momento en que se detendrá en el tercero, de la misma forma como se reconoce a una persona por sus pisadas. Una puerta, la otra, y aguzas el oído. La señora del dieciséis de vuelta ya de sus correrías intestinales con su mascota: una insignificante perra pekinés, y entonces recuerdas la noche aquella cuando a pesar de tu discreción el animal te atacó confundíendote con el remedio para su celo. No olvidas el asco, la repulsión, la náusea y ese irrefrenable impulso por patearlo, detectado una fracción de segundo antes de la ejecución, "no irá usted a golpear al animal, señor", entendiste, y tú, no, no, un no evasivo con el que salvaste la situación. Desde entonces te cuidas y evitas al máximo el contacto con tu vecina más inquieta. Tal vez el hombre del catorce se acerca. Demasiado amigable, opinaste desde el primer día; demasiada confianza para con un extranjero. Encuentros muy frecuentes, sin horario ni causa, en apariencia

causales pero sospechosos. Te sentiste perseguido y a la vez comprometido con su gentileza. Saludos, servicios, anuncios, comunicaciones, cartas; todas relaciones recibidas de su mano, una mano cada vez más atrevida, llena de insinuaciones y toques descuidados, hasta cuando lo encontraste sentado en la sala con una botella de vino y mesa dispuesta para dos y tuviste que sacarlo prácticamente a patadas, porque deseaba pasar la noche contigo; así de simple, “quiero pasar la noche con vos” y sentiste un derrumbe en el pecho y lloraste como un niño, un niño tío, hombre hecho y derecho, con treinta años encima y sollozando como una jovencita indignada, y cerraste la puerta con llave y te pusiste a escribir una carta, malograda al fin por la concepción de una broma, la que harían tus amigos en Bogotá; ellos quizás habrían dicho, tu eres un pendejo, de lo que te pierdes por dártelas de macho y asunto concluido. Pero no es tampoco el vecino del catorce, es el administrador que viene de nuevo recogiendo firmas. Cuántas habrás impreso en sus formularios de denuncia, cuántos memorandos y protestas, y tú siempre sí, sí, la manera más fácil de salir del paso. Tampoco; es el portero. Seguramente para pedirte el televisor prestado; un partido de fútbol o de baloncesto o alguna presentación por el canal estatal; ya conoces todos sus pretextos. Solo te mueve el deseo de no perder el apartamento; prefieres la cesión de alguna de tus prerrogativas, el deterioro de tu intimidad, con tal de conservar tu bunker. Pero quizás nadie se acerca, escuchas los pasos de la nostalgia y te sientes solo... por ahora simplemente esperas entrar a tiempo para ver a la chica. Cierras las puertas del montacargas y escuchas el ruido del motor.

Es la detonación de la noche. Aunque la luz se agota, ella, la chica de los patios, sigue reflejando su espectro en el espejo, reflector de movimientos incorpóreos. Se levanta, alza sus brazos, da la espalda y se devuelve. Afuera, en la real oscuridad, ella no existe, es un fenómeno incierto, incapaz de conmover las percepciones. Adentro, en la luna del armario, se incrusta, permanece, otorga por un instante el trozo de su ser arraigado a los deseos. Solo unos ojos anhelantes pueden apreciar su pausada inmovilidad, gracias a la explosión de los axiomas. Ahora se borra, desaparece por momentos y luego vuelve a deslumbrar. Así, intermitente y prodigiosa, se interna con lentitud en los corredores de la casa, manchando de luz el tapete de ladrillos. Bajo el influjo de sus pasos luminosos, el armario cruje y se desgarrá.

Tienes frente a ti las dos puertas del ascensor detenido, vacilas: ¿salir?, ¿bajar?, ¿volver? Por un instante eres otro y sientes miedo... Así que llegas de la calle, cansado y sudoroso, caminas rápidamente por el corredor del tercer piso esquivando a tus vecinos, penetras a tu apartamento y te encuentras con un lugar increíblemente saturado aún por la luz de un sol que se empeña en alumbrar más allá de los límites de tu lógica, contemplas tu espacio agobiante, silencioso, incapaz de amortiguar del todo los ecos de tu impaciencia, abres la ventana y sufres los embates de un verano sofocante, te

diriges a tu cuarto, enfocas el espejo del armario para gozar la única percepción complaciente que te queda, la imagen de la chica de los patios; una imagen devuelta por casualidad la primera vez en algunos de tus devaneos vespertinos ante el espejo, a la que, sin embargo, jamás le indagaste su realidad, una imagen que no solo se hizo familiar e inefable en tus oficios solitarios, sino que adquirió una importancia de proporciones gigantescas y se convirtió en ser imprescindible de tu exilio, hasta replegarte a los dominios de un adicto. Adviertes que ella está allí, intacta, imperecedera, dócil como un canario al que le han dado su alpiste, joven escarabajo verde de tiernas alas, y luego, al mirarte, vuelves a descubrir que tu rostro no se refleja en el cristal (como ayer, cuando tampoco el espejo quiso devolver tu reflejo y te entregaste a la desolación); entonces, juzgarás por un momento que ha llegado tu hora, como en el cuento de Borges, y sufrirás la desesperación de Averroes al no ver a nadie cuando se mira ante el espejo, y creerás como él que estás muriendo; pensarás en salir y arrojarte —tras santiguarte, dirán después— a las mandíbulas del tren subterráneo para saberte bien muerto, pues nunca has podido soportar la ambigüedad; pensarás en abandonarlo todo, o quizá te recluirás, triste, en algún rincón de la alcoba, incapaz de reconocer las señas del tiempo circular y envolvente que te persigue o la voz del universo en tu ventana. En cualquier caso no pasará mucho tiempo antes de que recapites, vuelvas a mirar y la veas allí, luminosa y delicada, te echas en la cama, acomodes como siempre la almohada bajo la nuca para resistir la colisión de los recuerdos e intentes hallar una solución al rompecabezas. No puedes, recuerdas, defraudar a los tuyos, tú, hombre del trópico, inocente siervo de la magia y el despelote, diáfano ser de cuatro estaciones en un día... y te quedarás dormido al fin, murmurando lo que tanto dice el Paisa: “mañana será otro día”... De modo que te decides a salir y abres las dos puertas aunque sea lo último que hagas.